

Requiem del Olvido ?

Jose Manuel Garzo Hernández.

Me?dico de Familia. Centro de Salud de Trevi?as (A?rea Sanitaria I de Asturias).

Narrativa Cl?nica



Mire doctor, una cosa le voy a decir, ahora que la veo aqu? a mi lado, sentada como usted y como yo y con la certeza de que no sabe qu? soy yo ni, mucho menos, qu? es usted: en estos meses, tras la u?ltima revisio?n, en los ratos en que se queda tranquila sentada en el sillo?n que siempre fue su preferido en el cuarto de estar, cuando no hay que darle de comer o cambiarle el pan?al o sonarle los mocos o lavarla, los ratos en que estamos los dos solos en casa, porque ya no vienen visitas, que parece, fi?jese que? curioso, que a la vez que ella se olvidaba de los amigos, los amigos se iban olvidando de ella, los muy necios; pues como le deci?a, ahora que las tardes son ma?s largas y ella las pasa sentada, como ahora, mi?rela, con la cabeza agachada, la mirada perdida y el pensamiento vaya usted a saber do?nde, porque no me diga que lo sabe que ya, a estas alturas, nos conocemos, y yo no voy a creerle y usted no me va a engan?ar; pues eso, que yo me siento a su lado con las piernas debajo de las faldillas y mientras la miro en silencio, largo rato, me voy dando cuenta de lo cruel que es esta enfermedad, ¿no cree usted, doctor?

Porque uno tiene ca?ncer y se lo dicen o no se lo dicen pero se muere mirando a la gente a la cara, vistie?ndose por los pies y sabiendo a do?nde se va. Y uno tiene un accidente y antes es un hombre hecho y derecho y si tiene buena suerte se cura de las heridas y vuelve a ser el de antes y si tiene algo menos de suerte, que no mala, pues se muere y deja de sufrir en esta vida. Pero no me negara? usted que la enfermedad de mi mujer es muy pun?etera. Porque a lo largo de la vida uno se las arregla como buenamente puede y le dejan, y va recogiendo en los cestos de la memoria lo que ha merecido la pena, porque le voy a decir una cosa, a lo que no ha merecido la pena, no le dejamos ni el recuerdo ¿no cree? Y estara? de acuerdo conmigo que aquello que iguala a los hombres, ricos y pobres, de derechas o de izquierdas, blancos y negros, son los recuerdos. Y ya ve usted, que el dios ese bonacho?n con barba de ah? arriba, menudo hijo de puta que esta? hecho, que mire lo que le teni?a reservado a mi mujer al final de sus di?as, cuando ma?s teni?amos que descansar y disfrutar el uno del otro, despu?es de una vida de partirnos la espalda trabajando. Le ha quitado lo que no se le puede quitar a una persona: la memoria.

Duele tanto pensar que mi mujer no recuerda ya el di?a de nuestra boda en Santander, ni el nombre ni la cara de nuestros tres hijos, ni tan siquiera sabe que es abuela de una nieta maravillosa que se parece a ella pero que llora cuando la trae mi hijo a casa porque le da miedo la abuela. ¿Que? ma?s le puedo decir?

Llevamos ya tiempo viniendo a la consulta ¿verdad? Aunque e?sta sea la u?ltima vez, se lo juro. Se acordara? de cuando empeco? olvidar?ndose de las cosas de la compra y cuando de?o de conocer a algunos amigos y el di?a que no supo llegar a casa porque no reconoci?a la calle. Hasta hoy, que ni tan siquiera me conoce a mi?, al Mariano, despu?es de cincuenta y ocho an?os juntos. Pues, como le digo, que venga alguno y me diga que su enfermedad es peor. Nada, de peor nada, se lo digo yo. Nada peor que dejarte los recuerdos por el camino. E irte a la tumba como se va a ir mi pobre mujer, sin saber siquiera de qu? es la cara que observa con

curiosidad en el espejo del cuarto de ba?o mientras la peino por las man?anas.

En fin, doctor, hasta aqu? hemos llegado. Si usted dice que no puede hacer nada ma?s por ella, pues aqu? tiene mi mano para que la estreche y sepa que es la mano de un hombre decepcionado con su ciencia, que no ha sido capaz ma?s que de contemplar la cuesta abajo que inicio? mi mujer y que ahora termina. Pero una cosa si? le digo, doctor, si usted nada puede hacer por ella, nuestros tres hijos y un servidor tenemos arrestos de sobra para quererla y cuidarla como ella hizo con nosotros, hasta el d?a en que el de arriba, despu?s de quitarle la memoria, le robe tambie?n la vida.

Hala, con dios o sin e?l, hasta siempre. Por cierto, doctor, una cosa ma?s antes de marcharme. Se habra? dado cuenta de que en todo momento he dicho mi mujer, ¿verdad? ¿No le extran?a? A veces, olvido su nombre.